

VARIAS EXPRESIONES DEL FOLKLORE FESTIVO ALAVES

JOAQUIN JIMENEZ

El folklore alavés —como el de tantísimos lugares del orbe— ofrece tan amplio abanico de facetas que se hace imposible el descubrirlo en su totalidad en los —por naturaleza— estrechos límites de una publicación periódica, ya sea ésta tan prestigiosa y prestigiada como la presente.

Es por eso por lo que, dándome a elegir uno de los aspectos que el folklore brinda, voy a referirme a la parte de él directamente relacionada con la **fiesta** que, aunque no sea vocablo que necesite presentador, ni concepto que precise de explicaciones sobre su alcance; sí es bueno recordar que la Fiesta es algo tan ligado a la naturaleza humana que la hace patrimonio de la humanidad y universal en el tiempo y en el espacio pues no es de aquí o de allá sino de todo lugar, de ayer o de hoy, sino de siempre, aunque el hombre le imprime en cada lugar su peculiar sello, su propio carácter y la realiza en cada momento de acuerdo con lo que permite o exige su circunstancia económica, política, social, religiosa, etcétera lo cual no es malo para la fiesta si se realiza en todo momento con fidelidad a las raíces culturales del hombre o grupo en cada lugar.

La fiesta es, por otra parte, algo extremadamente necesario para el hombre y las colectividades. Estos han sentido siempre, y siguen sintiendo, la precisión de parar de vez en cuando su trabajo, de romper en determinadas ocasiones el ritmo habitual de sus actividades, el orden usual de su comportamiento ordinario. Y ésta es una de las razones de las fiestas, por ejemplo, de las del Carnaval.

Han sentido y sienten la necesidad de dedicar algún tiempo a gozarse del resultado obtenido con su esfuerzo, a recordar —recrear— momentos gozosos de su laborar diarios o de su acontecer habitual. Y ésta es otra parte de las razones de las fiestas, sobre todo de las llamadas patronales y de acción de gracias.

Han sentido y sienten la imperiosidad de impetrar el favor preciso para poder seguir manteniendo la esperanza en la consecución de óptimos frutos en su trabajo y de propiciar el favor del ser superior que conceda el bien y evite el mal, como sucede con las fiestas culturales o conjurantes.

Consideraciones éstas que llevan con facilidad a colegir que en toda fiesta existe, visible o invisible, un sentido religioso, es decir, de relación con Aquel a quien se cree autor de las cosas y de quien procede el bien y al que se le atribuye el poder de estar sobre la naturaleza, las cosas y las personas.

Esta actividad festiva no es sólo una necesidad del hombre individual o familiarmente considerado, sino de las colectividades humanas suprafamiliares que son la calle, la vecindad, el barrio, la aldea, la villa, la ciudad, la provincia y aun el País entero del que forma parte, que precisan la fiesta para manifestar colectivamente sus sentimientos y su estado de ánimo, expresados de un modo especialísimo en las llamadas «fiestas populares» siempre que éstas sean **del** pueblo, es decir, del conjunto de personas que forman la colectividad donde se desarrollan; **para** el pueblo, que habita en ese lugar, teniéndolo como destinatario principal de la misma, que es tanto como decir «para los de la casa y no para los forasteros; **por** el pueblo pensadas, organizadas y realizadas —y no por un grupo que quiera imponer el cuándo, cómo y cuánto de la fiesta; y —sobre todo— aquéllas en las que en su manifestación externa y en su forma de realizarse se refleja la peculiar forma de ser del propio pueblo que la vive y que por eso es expresión de los rasgos característicos de la cultura, de la idiosincrasia, de la personalidad, del carácter, de la propia localidad.

Ha quedado expresado que no son sólo las pequeñas colectiva-



Con la bajada de Celedón desde la torre de San Miguel dan comienzo las fiestas de Vitoria-Gasteiz.
Foto: Gerardo López de Guereñu.

des de vecindades, barrios o aldeas las que celebran fiestas patronales, sino que igualmente las realizan ciudades e incluso provincias enteras formando una sola colectividad festiva. Alava es un claro exponente de esta realidad.

FIESTAS DE SAN PRUDENCIO EN ALAVA

San Prudencio —nacido en el pueblo de Armentia a cuatro kilómetros de Vitoria, Obispo de Tarazona en los siglos v ó vi— es Patrón canónico de Alava desde que la Santa Sede ratificó en 1697 el acuerdo adoptado cincuenta y cuatro años antes por las Juntas Generales (secular Órgano del Gobierno Foral de la Provincia) declarándolo Patrón, confirmando de derecho lo que se tenía por incuestionable hecho desde el siglo xv si no es antes.

El santoral señala su conmemoración el 28 de abril al menos, desde el siglo ix. Ese día celebra Alava entera su fiesta con diversos festejos que se extienden durante unos días antes y después del gran día. Es sin embargo, en Armentia y Vitoria donde adquieren especial relieve los que a tal fin organiza la Diputación Foral.

No sé si por influencias del tiempo en que tiene lugar la Fiesta —abril, el de las aguas mil— o, por razones de alavesismo, que en ellas se tiene a gala exteriorizar, o si por influjo especial del propio Santo, ermitaño, Obispo y Pacificador; lo cierto es que las fiestas de abril discurren mucho más «para los de casa» y se patentiza más en ellas el sentido ritual del festejo, el espíritu tradicional del alavés, el apego a las ancestrales costumbres de su tierra.

La noche del 27 —dejo aquí expreso, como en cuantas referencias haga a fiestas patronales, toda alusión a actos funciones y festejos comunes en todas las fiestas patronales de casi todos los lugares— une en espíritu a todos los alaveses en el entrañable rito de «oír la Retreta».

En la Casa Palacio de la Provincia, Sede de la Diputación Foral, las bandas Provincial y Municipal de Txistularis, Clarineros, Trompeteros y Atabaleros, interpretan la Retreta, ataviados con sus mejores galas y asomándose al balcón, como mandan los cánones rituales, es decir: de cuarto en cuarto de hora reiterativamente, durante una hora, bajando a la vez la potencia lumínica de los faroles de la plaza, resaltando más si cabe el rutilante centelleo de las cazoletas o «luminarias» de todos los balcones de la plaza, y las pequeñas pero expresivas luces de cerillas o «mecheros» que encienden muchos de los asistentes durante el breve rato que dura el toque de cada retreta. Todo a la misma hora en la que el resto de los alaveses hacen lo mismo frente a su respectiva Casa Consistorial, resultando con ello unidos todos en un mismo afán: honrar a su Santo Patrón; en una misma ilusión: cumplir con la tradición y en su mismo sentir: patentizar «la armonía y buena unión» que cantan con el zortziko dedicado a San Prudencio y que lleva por Título «Alava».

Otro de los populares festejos es la «Tamborrada Gasteiztarra», tan pronto ha sonado por quinta vez, a las 10 de la noche la Retreta llega a la Plaza de la Provincia con su alegría desbordante, integrada por miembros de las típicas Sociedades Gastronómicas desde que el año 1975 —recordando citas de festejo semejantes fechadas en los siglos xvii, xviii y xix— tuvieron el acierto de crearla, o recrearla.

Forman un alegre conjunto de más de dos centenares de personas con la indumentaria apropiada al caso y con sus instrumentos musicales y gastronómicos adecuados al papel que desempeñan en el desfile: Abanderados con los símbolos del

País y de la Provincia, Portaestandartes con los signos de las Sociedades Gastronómicas integrantes de la Tamborrada, Cantineros, Barrileros, Tamborreros, Cocineros, Fanfarres y otros personajes siguiendo la tónica general de las tamborradas del País pero con un sello peculiar.

FIESTAS PATRONALES DE VITORIA

Vitoria, o mejor Vitoria-Gasteiz que es su nuevo nombre desde el año 1979, celebra sus fiestas Patronales en honor de la Virgen Blanca a la que los vitorianos tiene especial devoción acaso desde que en el año 1181 la vieja aldea de Gasteiz se convirtió en la Villa de Vitoria por deseo del Rey navarro Sancho el Sabio que le dio privilegios de villazgo.

El 4 de agosto, se congregan cada año todos los vitorianos en la Plaza de la Virgen Blanca y vías adyacentes y, súbitamente a las seis de la tarde, la Ciudad toma su otra cara y sus habitantes mudan repentinamente el semblante, cambian inopinadamente el aspecto y, contagiosamente, la seriedad, el reposo, el comedimiento y la introversión repliegan velas (sin irse del todo) y dan paso al jolgorio, a la desbordada alegría, a los callejeros cantos y bailes, a la ruidosa cordialidad y a la colectiva apertura que todo lo llena y a todos llega.

Todo ello de repente, como por encanto, como si se obrara un milagro a la vista de todos, por el embrujo de un cohete («el Chupinazo») que el Alcalde lanza al aire en presencia de la multitud, desde la terraza del Paseo de los Arquillos, frente a la Plaza, y a la vez, por el conjuro arrollador de un muñeco (Celedón) vestido como haría un aldeano alavés a principio de siglo: con su hato de la merienda al hombro, la bota de vino al cuello y un gran paraguas abierto en la mano, y que se desliza por un cable desde la torre de la Parroquia de San Miguel hasta un balcón de la Plaza. Ahí es sustituido por un mozo de igual indumentaria e idéntico aspecto que baja a la plaza, se abre paso como puede entre la gozosa multitud, sube hasta el lugar donde se ha lanzado el chupinazo, enciende su puro (como lo hacen a la vez miles de vitorianos), coloca en el cuello del Alcalde el pañuelo símbolo de las Fiestas, saluda a los congregados que están ya en pleno jolgorio y abre la espita de la diversión, de la cordialidad, del bullicio, de los cantos y bailes y de tantas cosas bellas que son las Fiestas de Vitoria y que los vito-

rianos viven a tope hasta la primera hora del 10 de agosto en la que se eleva ese mismo muñeco a las alturas ante la mirada de la misma multitud que lo recibió hace unos días y, que volverá, como por encanto, a su habitual seriedad, tan pronto el muñeco se pierda entre las nubes o el humo de la traca que ha señalado su hora de partida, en la primera hora del día 10.

En todo este tiempo: entre el 4 y el 10 de agosto; entre el chupinazo y la traca; entre la bajada y la subida del muñeco, Vitoria vive —muy intensamente— sus Fiestas Patronales. Y lo hace en el mejor escenario: en la calle. Sin necesidad de recurrir (aunque los haya) a espectáculos en lugares cerrados, que también caben en el programa.

Porque las Fiestas de Vitoria son así; callejeras, animadas en todo momento por el permanente jolgorio de los «Blusas» que, agrupados en «Cuadrillas», saben dar el sello propio, el talante peculiar del alma alavesa a las propias cuadrillas y a las mismas fiestas que tienen en sí la virtud de congregar a todos los ciudadanos en muchos momentos, principalmente, en los más álgidos de su comienzo y su final, acompañados en todo momento, en su expansión festiva, misteriosamente por



—Quema del Judas de Moreda.
Foto: G. Lz. de Guereñu.



El Judas arde en el saúco en Salinas de Añana.
Foto: J. Llanos.

ese personaje al que representa el muñeco.

De Celedón se ha dicho que fue un aldeano de carne y hueso que nació en el pasado siglo en Zalduendo (bonita villa alavesa a 25 km de la Ciudad, y en donde se le ha dedicado una placa en su casa natal y un monumento en la plaza). De él se dice que venía a Vitoria todos los jueves, como tantos otros aldeanos de la Llanada, y que al fin fijó en la Ciudad su residencia; que hizo una casa «con ventana y con balcón»; que le «gustaba mucho el vino y el ron», que tenía un carácter muy alavés, y, como tal, gozaba echando un trago con sus amigos y jugando al mus con la cuadrilla y rezando ante la Virgen Blanca; y que, por todo eso podía ser el prototipo del vitoriano: festivo cuando hace falta, serio y circunspecto en todo tiempo que se ve representado en este personaje; mito o realidad, más lo primero que lo segundo.

Mas como las fiestas son en honor de la Virgen Blanca, a Ella se dedican cultos religiosos, entre los que no puedo por menos de destacar la llamada «Procesión de los Faroles» de la noche del día 4, formada por 247 faroles individuales y 19 carrozas monumentales, formando una piadosa colección del más depurado arte en vidrieras llena de luz y hermosura. La procesión de la Aurora del día 5, en la que, a la hora del alba,

una multitud de más de veinte mil personas recorren las calles del casco histórico de la Ciudad cantando el rosario y acompañando a la pequeña imagen de la Virgen Blanca que portan a hombros los «Blusas» para llenar la Plaza, como a la llegada de Celedón, para oír la santa misa. Y el constante ir y venir de las cuadrillas de Blusas hasta el pórtico de la iglesia de San Miguel en lo alto de la plaza y llegar hasta la imagen de la Virgen y encaramarse uno de los Blusas a la hornacina que la cobija y ofrecerle ramos de flores mientras el resto trenzan en su honor las ancestrales y rituales danzas del País.

Como ha quedado reflejado las fiestas patronales de cada pueblo, coinciden en la mayoría de los casos con el día en que la Iglesia celebra la festividad del Titular de tales fiestas. Sin embargo viene siendo habitual —desde hace no muchos años— el cambiar la fecha de la celebración —sobre todo si corresponde al período invernal o a la de fiestas de localidades cercanas más populosas— al verano para que disfruten de ellas el mayor número posible de forasteros, y dando a éstas «nuevas fiestas» el calificativo de «Acción de Gracias».

Hay lugares —muy pocos— que aun habiendo creado estas fiestas de Acción de Gracias en el verano no han dejado de celebrar en su propia fecha las respectivas patronales, con lo que ha salido ganando el calendario festivo alavés.

FIESTAS LOCALES

Oyón es sin duda el más interesante ejemplo de esta realidad. Es una villa de la Rioja alavesa situada en el punto más extremo de la Provincia, hasta el punto de que son tan sólo cuatro los kilómetros que separan su casco urbano de la ciudad de Logroño. Siempre ha celebrado sus fiestas en enero, en honor de los santos Vicente y Anastasio, cuya conmemoración lo es el 22 de ese mes. No obstante, desde hace unos años tiene también en agosto o septiembre las fiestas de Acción de Gracias que se desarrollan de forma parecida a fiestas de igual naturaleza en cualquier localidad; pero ha tenido el acierto de seguir celebrando en enero sus fiestas patronales reservando para éstas todos los actos que componen desde siglos los tradicionales signos de su folklore festivo; es decir: Hoguera, la Aurora, la Danza de los Patronos, el «Torico» y el «Revolcón del Cachi».

La hoguera

La encienden los mozos la noche de la víspera en una de las plazas de la villa, arrojan a ella oliveñas (ramos de los olivos recién podados) y también romero, tomillo, espliego y otras hierbas aromáticas. Bailan todos en corro al son de la gaita alrededor de la hoguera y saltan sobre sus llamas hasta que éstas desaparecen y queda tan solo el rescoldo que recogen los mozos en calderetas y emprenden una alegre ronda por las casas de la villa repartiendo el rescoldo a las amas de casa que lo utilizan como amuleto purificador de los males del hogar.

RITOS CONJURANTES

No es solo en Oyón, ni en ésa la única noche en la que se encienden hogueras en Alava. Pero sí son las mismas razones conjurantes las que mueven a los diversos pueblos a quemarlas ya sean éstas las de la noche de San Juan —tan frecuentes—, las de las noches de la Purísima, la Natividad de Nuestra Señora, San Roque, Santa Agueda y algún otro santo o las que los niños hacen la noche de fin de año con todas las ropas y trastos viejos que hallan, para poder recorrer el pueblo con teas encendidas —sacadas de la misma hoguera— cantando eso de «Erre pui erre, quémale el culo a galerre, Erre pui errín quémasele a don Crispín» y tiznando las puertas de algunas casas con los rescoldos de dichas teas.

Tampoco es ésta la única práctica conjurante en uso en Alava, ya que bien pueden citarse en este apartado la quema del Judas, el Mayo, el Tentenublo, las Bendiciones de Pascua y algunas otras más que, aunque con la mayor brevedad posible, paso a describir:

Quema del Judas.—Sin duda, esta fiesta es uno de los ritos que configuraban —y en varios pueblos alaveses todavía configuran—, el carnaval rural, y que sacándolo de su contexto cronológico se conservó pasándolo al Domingo de Resurrección siguiendo la influencia de la Iglesia de enmarcar en un ambiente cristiano fiestas y ritos de otras culturas vivas en el pueblo por ella evangelizado, por aquello de «Bautizad los usos y lugares venerados por los idólatras», que decía en el siglo vi Gregorio el Grande a quienes iban a evangelizar la Bretaña y que se ha hecho doctrina cristiana tras el Concilio Vaticano II que manda «conservar las costumbres de los pueblos, con tal de que se puedan ar-

monizar con el verdadero y auténtico sentido litúrgico».

Así es como para la mañana del Domingo de Resurrección preparan los mozos de las villas alavesas de Moreda, Samaniego, Elciego, Salinas de Añana, Lagrán, Cripán y algunas otras (hace unos años había 15 más) un muñeco de cuerpo de paja, vestido a la usanza del País, al que dan el nombre de Judas —en Moreda también preparan a la Judesa— lo montan en un jumento, lo pasean por el pueblo, lo cuelgan de algún árbol «Plantado» ese día en la plaza, de un alto poste en una encrucijada de caminos, o de una cuerda entre dos balcones de alguna calle, le hacen «oír» un «sermón burlesco» en el que se le acusa de todos los males acaecidos en el lugar y se destruye dándole fuego en el lugar donde lo han colocado.

Este rito se ha incrustado en medio de otras celebraciones de carácter litúrgico cristiano, y por eso en algunos lugares se realiza cuando la gente va a entrar o salir de la iglesia para asistir a la Misa Pascual; en Samaniego, tras arrastrarlo por unas calles de la villa, a la vez que la procesión del encuentro de María y Jesús Resucitado discurre por otras para juntarse en la puerta de la iglesia en cuyo momento se le quema recortándolo sobre un poste de piedra allí existente; en Salinas de Añana, precisamente en el momento que llegan a la plaza —por unas calles— la procesión de María en busca de su Hijo y —por otras— la de Cristo resucitado, se juntan ambas procesiones y un «pregonero» manda a los que portan a la Virgen clamando «Quitad ese triste manto, porque el luto ya ha pasado, que torne en gozo su llanto, ¡Jesús ha resucitado!» y sigue su disertación diciendo a gritos: «Muera Judas en las llamas abrasado, condenado por el pueblo reunido, y que



Plantado el Mayo en San Vicente de Arana.
Foto: José Antonio González.

aprenda el pecador atolondrado, a volver al buen camino arrepentido».

El Mayo.—Siempre ha sentido por el árbol el pueblo primitivo una especie de respeto religioso, viendo en él representada de algún modo la idea de eternidad y la fuerza de protección para el hombre.

En el valle de Aramayona y en Salvatierra «levantan» un árbol, al que llaman «chopo», sea de la clase que sea, en medio de la plaza a la medianoche del día del Patrón. Lo adornan con flores o productos de la huerta y bailan a su alrededor el auresku de cuerda o la mutildantza.

Es, sin embargo, el valle de Añana donde ha conservado más la costumbre de «levantar» un árbol, precisamente el día 3 de mayo, a cuyo árbol le dan el nombre de «Mayo». Esa mañana, mientras los vecinos acuden a la vereda acostumbrada para reparar caminos, abrevaderos y otros servicios comunes, dos o tres de estos vecinos acuden al monte y derriban el haya más alta y derecha que halla en el bosque. La arrastran con una pareja de bueyes hasta la plaza de la villa y pelándola hasta convertirla en un poste, colocan en ella unos extraños símbolos: dos espadas de madera en forma de aspa, una cruz de cera hecha al efecto por las mujeres, un paño blanco a forma de banderín que resulta ser el corporal que ha tenido el Cuerpo del Señor el día de Jueves Santo, un palo para formar con todo el poste una cruz y como final un gallo en una veleta de madera. Todo el pueblo acude entonces a «levantar» el «mayo» tras bendecirlo y besar la cruz de cera y a bailar a su alrededor para concluir la fiesta en un «refresco» abonado por el Concejo.

Este «Mayo» permanece en pie hasta el 14 de septiembre que lo derriban en medio de una gran fiesta, después de bailar a su alrededor y darle gracias por la protección que dio a la villa estando en pie.

El Tentenublo.—Es el tañido especial de las campanas que sustituyen al «toque del Angelus» desde el 3 de mayo hasta el 14 de septiembre, fiestas ambas dedicadas a la Santa Cruz. Es éste un toque que requiere cierta habilidad pues tiene un tañido con un ritmo especial y es propicio a hacer cantar a los que lo oyen las acostumbradas letras de carácter conjurante, más o menos parecidas en todas las aldeas y que muestran claramente que el objeto del tañido es el de alejar del pueblo las tormentas antes de que se produzcan: «Tente nube, tente en ti; no te caigas sobre mí. Si eres agua ven acá; si eres piedra vete allá; a diez leguas

de Miranda y un poquito más allá», y «Guarda el pan; guarda el vino; guarda el campo; que ya está florido».

Bendición pascual.—Es una simpática costumbre todavía en uso en muchos pueblos alaveses. Se realiza por los propios «baserritarras» aldeanos, con independencia de la que practican los sacerdotes en determinadas fechas, por indicación o ruego de los propios concejos. Esta bendición digamos particular, tiene un poco el resabio de considerar a la casa como un templo y a los padres como los sacerdotes del lar, tan común en el pueblo vasco.

El Domingo de Resurrección, el padre de familia coge en una mano un recipiente con agua bendita, obtenida en la función del Sábado Santo, y en la otra los ramos llevados a la misa solemne del Domingo de Ramos. Con ello, y acompañado de los hijos pequeños, va recorriendo sus fincas y en cada uno de los sembrados hincan un ramito en la tierra, aspergiendo sobre él unas gotas de agua bendita, valiéndose de una de las ramitas que lleva a guisa de hisopo. Como fórmula de bendición y a la vez de viejo conjuro, pronuncia lo que aprendió de chaval y que usaron generaciones y generaciones: «Agua bendita del Cirio pascual, mata al sapo y danos pan», que no es única para toda la provincia, pues dando una vez más pruebas de esta rica variedad, en cada lugar tienen la suya, y en unas se cuidan de aludir a los campos, en otras al vino, en algunas al pan y, en casi todas, se cita de una y otra forma al sapo, a la culebra, a la «suge» (serpiente), tan incrustada en el folklore del país. «Fuera sapo y ratón, que ésta es el agua del Sábado Santo y el ramo de la Pasión», se oye en el valle de Zuya. «Gure soloan lapurriz ez / Badago bere erre beitez / Pistiek Zapoak, Sugeak erre, erre / Ta peste txarrak, erre, erre», deseando, como se ve por el texto que se marchen los ladrones y que fieras, sapos, culebras y malas pestes sean destruidas por el fuego, que es la materia más usual junto con el agua, en todo el rito de conjuros del valle de Aramayona. «Afuera rata, afuera mata, afuera toda bendeja / Afuera; traigo el agua bendita» o «Salva el pan, salva el vino / salva los campos que han florecido» y «Ahora que está la viña en luz / líbrala del mal por esta Santa Cruz», que decía un riojano de Labastida, bendiciendo los campos y sus majuelos con agua bendita y poniendo en ellos no ramos, sino cruces.

La aurora.—Mucho antes de que la luz del alba anuncie el día del Patrón, los mozos de Oyón —que han



Auroros de Pipaón.
Foto: G. Lz. de Guereñu.

pasado la noche en alguna bodega cenando, divirtiéndose y ensayando los cantos— salen de la cueva (bodega), se encaminan hacia la puerta de la iglesia y —al disparo de un cohete— se ponen en marcha para proceder a dar el acostumbrado recorrido por calles y plazas y parándose en cada esquina, cantan la Aurora preparada en su letra por un vate local, exaltando las virtudes de los santos patronos y relatando en las estrofas los diversos acontecimientos acaecidos en el año en la Villa, la Provincia o el mundo entero como ocurrió con el viaje del Papa a Manila, la instauración del Gobierno Vasco, o, en este año, la guerra en el Golfo Pérsico. Todo ello acompañados de acordeones, guitarras, bandurrias, etc., que interpretan la música que para cada ocasión compone un músico de la localidad.

Al pasar los mozos, el vecindario abre tímidamente las ventanas, por temor al frío, y cuando termina el canto de la Aurora en cada esquina, siempre hay alguien que les obsequia con las típicas almendras preparadas por las mujeres para ese día y con una copa de orujo que —sin duda— contribuye un tanto a la mejor entonación del canto y resulta un peculiar exponente de esas **alboradas** tan propias de las fiestas patronales de los pueblos alaveses y que bien merecen un comentario siquiera bre-

ve y relacionarlas con otras fiestas de ronda.

Mas la Aurora no es exclusiva de Oyón. Es el canto de la Aurora una costumbre casi extinguida en Alava, aunque gozosamente se puede afirmar que se observa un ambiente de recuperación a partir del primer certámen alavés de auroras que se celebró en Elvillar coincidiendo con sus fiestas patronales de agosto de 1977.

No se puede precisar cuál es su origen, ni la razón de su introducción en Alava, aunque por la zona en que se cantaba puede aducirse a una influencia navarra. Si quisiéramos buscarle antecedentes remotos podríamos ir hasta la lejana época del paganismo y fijarnos en los cantos que entonaban a diario antes de amanecer en honor de la diosa Eos, si eran griegos, o de Aurora, si los que cantaban eran romanos.

También pudiera hallarse cierta similitud, si no de intención sí de efectos, en el toque de alba que se oía a diario en todas las villas amuralladas unos momentos antes de que abriera las puertas de la fortaleza el alguacil del alcaide para que los aldeanos pudieran salir al campo a realizar sus labores o penetrar por ellas cuantos se acercaban a la villa.

El canto de la Aurora tiene lugar antes del amanecer. Terminado el canto tañen emocionadamente una campanilla, rezan un Padrenuestro y un Avemaría «por el Santo de este día» y prosiguen su tarea cantando la Aurora en los otros lugares acostumbrados para entonar la última en la puerta de la iglesia.

Antiguamente se cantaba a diario. La tonada es de fácil interpretación y transmitida oralmente se cantaba generalmente a una sola voz, aunque en determinados días se introducía en ellas ciertas variaciones que hacían existiese, en realidad, tres tonadas distintas al menos: las de «diario», las «adornadas» y las «grandes».

La uniformidad de la construcción rítmica de la letra se ve compensada por la variedad de su texto.

A cada día del año corresponde una letra y a cada una de las fiestas movibles del ciclo litúrgico cristiano otra. Las primeras exaltan las virtudes del santo del día en la cuarteta, dedicándose la terceta a invitar de una u otra forma a rezar el rosario, a ejercer una virtud, a imitar las más destacadas de las virtudes del santo o a concluir relatando algo de la vida o méritos del cantado. Así ocurre con las correspondientes a los días 1.º y 2.º de enero, por citar tan sólo como ejemplo, los dos primeros del año.

1.º enero: «Hoy que empieza a ser nuevo el año/ nuestra Madre Iglesia con gran devoción/ nos convida a que celebremos/ del Hijo de Dios la Circuncisión.

Pues por nuestro amor (bis)/siendo niño sufrió de ocho días/de acero fuerte el vivo dolor.»

2.º Enero: «Hoy es el día de San Isidoro/ nacido en Sevilla, de gran esplendor/ predicando contra los arrianos/ padeció el martirio de Nuestro Señor. Venid con fervor (bis)/ a dar gusto a ese gran Prelado/ rezando el rosario a la Madre de Dios.»

ALBORADAS Y FIESTAS DE RONDA O CUESTACION

De puertas adentro, es decir, para los propios vecinos de una aldea en fiestas, la cordialidad y la familiaridad está representada en las célebres «Alboradas» anunciadas o no en sus programas pero que no faltan en ninguna de ellas.

Están a cargo de la juventud masculina. A la hora fijada, que es generalmente en este rato que media entre la misa y la comida del gran día de la fiesta, se organiza la ronda de mozos. Acompañados por los «músicos» recorren una por una las calles todas de la aldea, saludan a los en ella presentes y, sin más preparativos, tañen los instrumentos los músicos y cantan los mozos una canción en honor de los presentes alabando el solista las virtudes de la etxeoandre (señora de la casa), o piropeando galantemente a las mozas, si las hay, o loando a las abuelas, coreado por los mozos y dedicando otra pieza a los presentes todos, a no ser que por haber luto reciente en la casa se limiten a saludar y rezar una oración por el difunto, pasando, como despedida, a tomar unas galletas y un poco de vino dulce ofrecidas por la «Patrona» con toda cordialidad y sin que para ello hayan tenido que entonar los mozos ninguna de esas canciones denominadas «petitorias» y sin que reciban ningún otro obsequio en dinero o en especies, pues no es ésta la razón ni el objeto de la Alborada. Lo otro se queda para otras fiestas de ronda que a lo largo del año hagan en la localidad los mismos jóvenes y los niños en el día determinado para cada una de estas rondas tales como las de Santa Agueda y Lardero.

Santa Agueda.—Puede considerarse a esta fiesta como la principal entre las que tienen los mozos como principales protagonistas, hasta el punto de que más de una vez se oye

cómo se le denomina así, es decir, «Fiesta de los mozos».

El 4 de febrero de cada año, apenas se ha apagado la luz del día, surgen tanto en la ciudad como en las villas y aldeas alavesas—al igual que en el resto del País Vasco—cuadrillas de jóvenes ataviados, los más, con la indumentaria propia de los hombres del País, con gruesas y grandes makilas o cayados y con las cestas de las dádivas y uno de ellos un farol con una vela encendida como recuerdo de cuando en pasados tiempos era ésta la única luz que les alumbraba. Van generalmente en silencio recorriendo las calles de la localidad y de vez en cuando hacen una parada—que en las pequeñas aldeas lo es en cada casa—; se ponen formando corro y a una señal del encargado de ello entonan la canción tradicional.

Terminado el canto, los que portan las cestas entran en la casa a la que han honrado con la canción y la patrona les entrega la dádiva en dinero o en especie, generalmente huevos, chorizos y otros productos de la matanza, para que puedan hacer la proyectada merienda animada, sin duda alguna, lo que ha oído en la canción ya que su texto contiene alusiones laudatorias para todos los de la casa.

«Aintzaldu daigun Agate Deuna/ Biar da ba Deun Agate/ Etxe onetan zorion utza/ betiko eusko aldabe», en la que tras decir que hay que honrar a Santa Agueda por ser mañana su día, desean los cantores que por siempre esté la felicidad en su casa.

Pero ni es ésta la única canción que en Alava se ha usado y se usa, ni son las canciones en uso iguales para toda la provincia. También en esto se deja al descubierto la riqueza folklórica alavesa y la variedad de su contenido. Por ejemplo, en Urturi aluden a haber cumplido el rito de pedir las debidas licencias para cantar diciéndolo: «con consentimiento de Dios/ y permiso del alcalde/ hemos salido a rondar/ sin hacer mal a nadie.»

En buena parte de la Llanada cantan: «esta noche de Santa Agueda/ por no poderlo olvidar/ hemos salido de ronda/ los mozos de este lugar/ como los antepasados/ solían acostumar/ y para que los venideros no los puedan olvidar.»

Y muchas más que, por razones de espacio, no cito.

Sin olvidar que la fiesta de Santa Agueda tiene, además de este sentido de fraternidad, el lógico fondo religioso de honrar a la santa, se hace mención a otra curiosa ceremonia que tenía lugar también este día de Santa Agueda. Era la de «entrar de mozo». En todos los pueblos existía,

más práctica que teórica, una «Sociedad de mozos», de tal suerte que quien no había hecho su entrada formal en ella no era admitido a tomar parte en las meriendas de mozos, en las diversiones colectivas de los mozos, en las fiestas patronales y menos aún en la fiesta de los mozos por antonomasia.

También se celebraba un antiquísimo rito que pudiera llevar a la fiesta a la época precristiana. Me refiero al toque de campanas que durante toda la noche realizaban los mozos la víspera de Santa Agueda. Era un toque tradicional, de indudable carácter conjurante, unido a la práctica de hacer ruidos para espantar al espíritu del mal. Este era un rito celosamente practicado por los pueblos primitivos dentro de los que componían las llamadas «fiestas de invierno».

Lardero.—lo que es para los mozos la fiesta de Santa Agueda es para los niños alaveses el llamado «Jueves de Lardero», una fiesta que celebran todos los escolares en las aldeas y que, aparentemente al menos, puede clasificarse dentro de las fiestas de cuestación y ronda, puesto que, al igual que lo hacen los mozos en Santa Agueda, recorren los muchachos casa por casa todas las del pueblo, cantando en cada puerta y recibiendo de la patrona la consabida pitanza de chorizos y huevos, que sirven para hacer la tradicional merienda y a cuya naturaleza responde el cantar más generalmente entonado que dice: «Ángeles "semos"/ del Cielo "venemos"/ a pedir choricitos/ cuartos y huevos.»

Se celebra, generalmente, el jueves de la semana anterior al Carnaval, aunque en la actualidad, y como ese día no tienen los chavales vacación, trasladan su celebración al sábado siguiente, aunque resulta una contradicción con el cantar propio de la celebración que da nombre a la fiesta con esta letra: «Jueves de Lardero-Viernes de la Cruz/ Sábado de Pascua-Resucitó Jesús.»

Y como Alava es tan pródiga en mostrar variedad de modos de celebrar sus fiestas no podría ser menos en esta ocasión y así son varios los nombres con que se conoce esta celebración (Lardero; Banderilla; San Nicolás o El Gallo), las canciones y los modos de realizarla según las diversas comarcas alavesas.

Jueves de Lardero.—Es el nombre más conocido. Corresponde a gran parte de la Llanada y la Montaña. La canción principal cita esta palabra «Lardero» que es palabra de origen latino que lleva en sí la idea de grasa, manteca, tocino, pringue,

etc. Ello nos lleva fácilmente a descubrir lo que se fundamenta la existencia de esta fiesta y que no pudo ser otra que la de prepararse —dándose un atracón— a las grandes austeridades que trae la Cuaresma que tan próxima se halla de la fecha en la que se celebra el Jueves de Lardero, descubriendo así fácilmente su origen cristiano o, al menos, enmarcado dentro de la cultura cristiana, vivida con una mentalidad propia de la Edad Media y anterior a cuando el beneficio de la Bula llegó a la cristiandad hispana.

Fiesta de la Banderita.—Este es el nombre que recibe esta celebración en la amplia zona alavesa que comprende los valles de Zuya, Urca, Urcabustaiz, Cuartango y Cigoitia. Se celebra el mismo día que en el resto de Alava; tiene lugar el Jueves de Lardero, aunque no es raro que se celebre en día fijo, el día 2 de febrero o día de las Candelas.

Las canciones son prácticamente las mismas que las que se han referido para Jueves de Lardero.

La ronda se hace sin que los chavales lleven atuendo especial alguno, salvo una especie de estandarte formado por un lienzo blanco al que han colocado, como si fueran trofeos o distintivos, estampas, dibujos o cuadros recortados de libros en desuso. Lo porta el muchacho elegido al efecto y se le da el nombre de «Bandera» o, las más de las veces, Banderita o Banderilla y es de donde ha tomado su designación la fiesta entera.

San Nicolás.—En la extensa zona de la provincia que comprende la Llanada oriental y los valles de Arana, Campezo, Araya y Laminoria, forma parte de la cuadrilla de niños que celebran el Jueves de Lardero un mocete vestido de obispo, con una sotana, sobrepelliz blanco y una mitra de cartón. Resulta ser el principal personaje de la infantil comitiva que representa al obispo San Nicolás de Bari.

La fiesta se celebra de forma igual a la ya descrita, aunque presidida de algún modo por el «Obispo» y en el mismo día que ya se ha indicado, es decir, el jueves anterior a Carnaval.

Las canciones son sustancialmente las mismas que las ya descritas, sin embargo, se añaden algunas más que hacen alusión a San Nicolás de esta manera: «San Nicolás coronado/ es obispo muy honrado/ si nos dan o no nos dan/ las gallinitas lo pagarán.»

Después del canto total y tras un Padrenuestro rezado por el «Obispo» a intención de «los bienhechores de esta casa», se despiden de todos los



Investidura del Obispín en Salvatierra.
Foto: Fernando Díaz de Corcuera.

de la casa con el grito colectivo de: «San Nicolás, hasta otro año no volveremos más.»

Fiesta del Gallo.—Este es el título que recibe en toda la tierra de Ayala la fiesta de Jueves de Lardero. La comitiva está formada por todos los muchachos del pueblo. Sin atuendo especial alguno, salvo uno de ellos que lleva un llamativo pañuelo al cuello, al que llaman «el capitán» y del que trata parte de la canción. Otro muchacho lleva atada a una gruesa makilla, una jaula de madera, dentro de la cual se ha metido un gallo vivo, negro, para que la canción que entonarán tenga verdadera relación con el animal.

La canción, con ligeras variantes, es igual para todos los pueblos del valle y, dice así:

«Capitán general soy/ de este ejército bizarro/ que viene de lejanas tierras/ a corregir este gallo.»

«Me han dicho que eres capón/ que destrozas las gallinas/ Una blanca que pillaste/ medio muerta la dejaste.»

«Nos lo ha mandado matar/ la señora tabernera/ porque escarba las cebollas/ y otras cosas de la huerta.»

«Gallo negro escarbador/ de trigo y cebada ajena./ Aquí morirás traidor/ entre niños de la escuela.»

«Jurada te la tenía/ en la punta la bandera./ Jurada te la tenía en la punta del pendón.»

«Te hemos de cortar la cresta/ y se la hemos de regalar/ a Don / maestro de este lugar.»

El número final de la ronda lo constituye hoy el matar el gallo y el merendar. Se ha perdido la parte de la fiesta que nos llevaría a considerar la antigüedad de la misma y su relación con uno de los ritos más importantes de las fiestas de invierno de la gentilidad, cual era precisamente el matar, el «correr el gallo», para usar un término más usual entre los especialistas del tema.

La Danza de los Patronos.—Los actos piadosos que en las fiestas de Oyón tienen lugar incluyen una devotísima procesión que, saliendo de la iglesia parroquial, vuelve a ella tras recorrer las dos calles principales de la Villa y su Plaza mayor.

Durante todo el trayecto un grupo de danzaris formado por ocho o doce mozos y el cachimorro van trenzando una danza muy vistosa y de no difícil realización, avanzando de espaldas para no dar la espalda a las imágenes de los santos que son llevados a hombros de otros mozos a cortísima distancia de los danzarines. Por lo dicho se deduce que ésta es una danza religiosa que hace cierta la aseveración de que la «danza es una buena fórmula de oración» si, como ocurre en este caso, los danzantes lo hacen con este propósito.

No es sólo Oyón el único lugar donde se interpreta la danza religiosa, ni es ésta la única danza religiosa que se usa en Alava. Ocuparía un larguísimo espacio el que a la danza religiosa habría de dedicarse para describir cuántas existen en esta Provincia. Baste por tanto con indicar que pasan de treinta los lugares de la Provincia donde conservan en sus archivos documentos que hablan claro de la existencia de danzas en honor de los santos y de la Virgen, así como del mismo Señor, sobre todo en las festividades de la Navidad y el Corpus Christi, muchas de las cuales pueden contemplarse en las propias localidades el día en que a éstas corresponde.

La danza puede ser, y es también realizada por razón de sociabilidad, como el Aurreku, tan en uso en todo el País Vasco y del que se lee en el Diccionario Espasa que no sólo es más «significativamente social» sino



La fiesta de «el Gallo» en Ayala.
Foto: J. Llanos.



El Cachimorro de Elciego.

la que mejor representa el carácter del pueblo vasco al ser «tan democrática, como henchida del espíritu de sumisión y respeto—virtud de los vascos— que no se desdénan de bailar en la plaza pública las primeras autoridades» como en efecto lo hacen en más de una ocasión en la actualidad. Aurreku, o «Soka dantza» o «Zortziko» que, por otra parte, tiene diversas formas de bailarse y distintas connotaciones según el cuándo, por qué, por quién y ante quién se baile como ocurre en el «Zortziko serio» ante la Virgen Blanca el día de su fiesta en Vitoria, el Aurreku del Barte en una pequeña aldea alavesa el 4 de julio, la Sokadantza de la Trinidad en el Valle de Cuartango o la de la Villa de Salinas de Añana en el valle salado alavés.

La danza puede ser también ritual generalmente con reminiscencias de costumbres milenarias tales como los bailes de espadas, tan comunes en el País —y por tanto en Alava— y que se bailan en momentos muy solemnes, las danzas propiciatorias al árbol como la que se baila en la villa riojana-alavesa de Elciego o en la de San Vicente de Arana ante el «Mayo» del que ya se ha tratado.

Y por fin, las danzas son también populares al ser interpretadas por todo el pueblo como ocurre en la localidad de Párganos en la que a la vez la danza va acompañada de cantos más o menos burlones, retratando el carácter del propio pueblo y los del contorno.

El Torico.—Es acaso la nota más curiosa de todas las que configuran los ritos folklóricos de las fiestas de Oyón y que constituye el momento más extraño de la procesión a la que

ya se ha hecho referencia. Cuando ésta llega a la plaza, detiene su marcha y todas las miradas se dirigen a un poste colocado en un rincón de la plaza que en su extremo lleva una rueda de fuegos artificiales compuesta por dos pequeñas figuras, un mozo la una y un toro cargado de cartuchos en su interior, la otra. A la señal convenida se da fuego al artificio, comienza la rueda a dar vueltas disparando sus cohetillos hasta que el toro «revienta» al estallar sus petardos, en cuyo momento prosigue su marcha la procesión en medio del contento de la gente al haber cumplido un año más el rito.

No sabe el origen de tan extraña celebración, aunque se tiene por cierto que mediaba el siglo XVII cuando un día de S. Vicente, en el momento en que estaba celebrándose la procesión, uno de los novillos que iban a correrse por la tarde, saltando las cerraduras del toril, se escapó. Se dirigió hacia los piadosos oyoneses que iban en la procesión y que —confiados en la protección de sus santos patronos— prosiguieron imperturbables su procesión, con tan buena fortuna que al llegar el novillo donde ellos «reventó» sin saber el porqué y murió. Ellos sí sabían que fue gracias a la intercesión de los santos y como agradecimiento hicieron el voto de perpetuar el recuerdo realizando este rito en la procesión.

De un hecho prodigioso surgió un voto y de un voto el rito festivo. Son varias las fiestas en Alava que tienen su origen en el voto que para ello formularon los vecinos por diversas causas en tiempos pretéritos. Así —por citar algunos— en el Valle de Arrastaria, muy próximo a la ciudad

de Orduña, sus habitantes hicieron en 1639 el voto de tener a la Virgen de la Antigua Orduña por Patrona y a esa ciudad vizcaína se dirigen el 9 de mayo de cada año los cuatro pueblos del valle. Celebran su fiesta, renuevan el voto, bailan en honor de la Virgen una preciosa danza, corresponden a los saludos de la Corporación municipal de Orduña, realizando los alcaldes de Arrastaria y Orduña el rito de intercambiarse la Vara de mando ese día y se reúnen todos en una comida de hermandad.

Baroja es un pueblo pequeño de la montaña alavesa que celebraba su fiesta el día de San Martín (11 de noviembre), que es el titular de su parroquia, pero, un año —hace muchos— cuando ya estaban los trigos granados, asomó por los montes cercanos una terrible tormenta. Imploraron el favor de San Bartolomé, sacaron su imagen en procesión cuando ya arreciaba la tormenta y, tan pronto como lo hicieron, cesó el pedrisco en sus campos que así se libraron de sus efectos, al contrario de lo que pasó en los vecinos pueblos, por lo que «votaron» celebrar las fiestas anuales en honor de San Bartolomé.

Llodio, con sus más de 20.000 habitantes es el más importante núcleo de población de Alava después de la Capital. Como tantos otros se vio afectado por la terrible plaga del cólera en el siglo XVI que no hizo, ni mucho menos, los estragos causados en otros lugares debido —según creencia general— a la intervención de San Roque, a quién le ofrecieron el voto de fundar una Cofradía y celebrar fiestas anualmente. Eso fue en el año 1599. Hoy son estas fiestas unas de las más famosas en Alava en las que como elementos típicos puede citarse a la Comida de la Cofradía celebrada con el mismo rito que en el siglo XVI en el pórtico de la Iglesia, los aurrekus con que se salpica esta comida y todos los festejos que configuran la víspera el llamado «día de las morcillas».

El revolcón del Cachi.—Es el acto más aplaudido de cuantos configuran las fiestas de Oyón, que me han servido para comentarlas y deducir de ellas algunas de las otras muestras del rico mosaico folklórico que posee la Provincia de Alava.

«Cachi», «Cachimorro», «Cachirulo», «Cachibirrio», etc., es el personaje imprescindible en todo cortejo y en toda agrupación de danzantes de la Rioja alavesa.

Ataviado con los más vistosos colores, a modo de arlequín, rodean su cintura y cuello sendos aros de tela de los que penden lazos de colores

rematados en pequeños cascabeles. Tocado con un gorro de la misma tela y colores rematado también con un cascabel, con el que finaliza su puntiagudo capirote. Cubren su piernas medias, cada una de un color y en su mano lleva un palo del que cuelga una piel de zorro y con el que a modo de batuta cumple su cometido. Precede a las comitivas, separa a los niños si irrumpen en el paso del Cortejo, dirige el baile, castiga con la piel de zorro a los que se confunden en la dantza y —en Oyón— realiza además el curioso rito del «Revolcón».

Cuando la comitiva municipal llega a la puerta de la iglesia para los actos piadosos o vuelve a la plaza consistorial, tras ellos se para el cortejo, se hace un gran corro, se coloca en el centro el Cachi, se descubre y se tumba en el suelo; suenan los acordes de una ancestral melodía y el Síndico municipal (principal cargo en el lenguaje foral) tremola la bandera de la Villa sobre el cachi siguiendo los compases de la marcha y el Cachi se revuelca una y otra vez siguiendo el ritmo bajo la bandera hasta que acaban los compases, terminados se levanta, tira el gorro al aire y grita gozoso «Viva San Vicente y San Anastasio» que es por todo el pueblo contestado alborozado.

Es esta forma de cumplir con el siempre emotivo rito de tremolar la bandera y que en Alava —como no podía ser menos dada su variedad folklórica— tiene más de una forma distinta de expresarse además de la generalizada en la parte correspondiente a la espatadantza en la que un dantzari tremola la bandera del grupo sobre las cabezas de los demás danzantes puestos en posición de rodilla en tierra.

En Elciego —también Rioja alavesa— se tremola la bandera de la villa por el danzarín mayor ante un rollo o picota de villazgo el día de la fiesta que conmemora la obtención de esta Villa que lo fue el 20 de julio de 1583.

En Laguardia —capital de esta comarca alavesa— es el Síndico el que la «revolotea» cuando ha llegado la comitiva precedida de los dantzaris a la iglesia de San Juan el día de este Santo. Y lo hace dos veces, una en la Capilla de la Virgen del Pilar de Laguardia y la otra en el Altar mayor de la misma iglesia, después de que los danzantes hayan terminado de interpretar sus ancestrales bailes rituales.

Todo lo que antecede sirve, siquier sea someramente, para dejar constancia de un pequeñísima parte de la riqueza folklórica que posee Alava en aspectos más o menos relacionados con sus fiestas populares.